



Proyecto Principito

Vidas de Saint Exupéry y del Principito



Un dia escrivi que tudo é autobiografia, que a vida de cada un de nós a estamos contando em tudo quanto fazemos e dizemos, nos gestos, na maneira como nos sentamos, como andamos e olhamos, como viramos a cabeça ou apanhamos un objeto do chão...

JOSE SARAMAGO "Cadernos de Lanzarote"

Aunque **"El Principito"** no es un libro claramente autobiográfico, no puede comprenderse plenamente si no se interpretan algunos de sus pasajes bajo la perspectiva de las experiencias biográficas de Saint-Exupéry. Hagamos un recorrido breve por la obra desde esta óptica...

La propia dedicatoria del libro, **"À Léon Werth"**, nos retrotrae a la relación de Saint-Exupéry con este novelista, ensayista, crítico de arte y periodista francés, al que le une una entrañable amistad desde 1931.

Ya desde el capítulo I, Saint-Exupéry se identifica claramente como **autor-narrador-personaje de esta historia vivida con El Principito**; y comienza la narración con recuerdos autobiográficos: "Cuando yo tenía seis años, vi, una vez... y yo conseguí, con un lápiz de color, trazar mi primer dibujo... ». Y es cierto : Saint-Exupéry era un buen dibujante, como lo demuestran las ilustraciones en acuarela de "El Principito". Aparece, pues, un primer rasgo autobiográfico, consecuencia de los estudios que siguió, como oyente libre, en la Escuela Nacional de Bellas Artes, en 1919. Quizás, su fingido fracaso como dibujante, que él nos quiere hacer creer en esta obra, haga referencia al fracaso real en su intento por acceder a los estudios en la Escuela Naval - ¡qué ironía- por sus "insuficientes" conocimientos literarios, lo cual lo derivó hacia la Escuela de Bellas Artes. Sus facultades como dibujante e ilustrador de sus obras habían quedado patentes en obras anteriores ("Veillée" o "Les Copains").

En el capítulo II, nos sitúa (y sitúa la obra) en el escenario del **Sahara**, "como consecuencia de una avería en el motor" de su avión. Ni el desierto, ni el avión, ni la avería son meras causalidades literarias; son datos muy importantes y reiterados en la vida de Saint-Exupéry.

Los aviones son algo consustancial a la vida de Saint-Exupéry: su pasión. Cuando apenas contaba doce años, tuvo su "bautismo" en el aire, su primer vuelo, y esta



experiencia le causó una profunda impresión. Su relación con los aviones continúa durante su servicio militar (1921), como **mecánico** en el II Regimiento de Aviación de Estrasburgo, donde también recibe cursos de piloto. En agosto de ese año, es destinado al 37 Regimiento de Aviación en Casablanca: su primer contacto con África.

Su primer accidente de aviación le sobrevino en Bourget, en 1923: fractura de cráneo y desmovilizado del servicio. En 1926 entra, como piloto, en la compañía “Aeropostale”, gracias a lo cual, en 1927, regresa a Marruecos. Se produce, entonces, el encuentro con la “**abrasadora soledad del desierto**” (justo lo mismo que sucede en “El Principito”), como consecuencia de un **aterrizaje forzoso** (igual que el capítulo II).

Finalizados sus trabajos en Aeropostale, en América del Sur, sobrevive como piloto de pruebas o piloto aventurero. En uno de estos vuelos, intentando llegar de París a Saigón con un avión que había comprado, otro accidente lo lleva de nuevo al desierto, el Desierto Líbico, en Egipto (otra vez el desierto). Durante cinco días, Saint-Exupéry y su mecánico vagan por el desierto muertos de sed y sufriendo frecuentes espejismos (quizás uno de esos espejismos fuera el de un niño rubio llegado de las estrellas), hasta que los rescatan unos beduinos. Esta circunstancia de su vida queda claramente reflejada en el capítulo II de “El Principito”, aunque, para aumentar más la sensación de gravedad, presenta la historia sin mecánico, él solo, con agua únicamente para ocho días. Y, otra coincidencia autobiográfica, los hechos reales ocurrieron seis años antes de publicarse “El Principito”: “Por cierto, de esto hace ahora ya seis años...” (capítulo XXVII).

Su relación con los aviones finaliza con su vida: reingresa al ejército del aire, durante la II Guerra Mundial, como comandante de la aviación aliada en Túnez, Argelia, Marruecos... y Córcega; y desde aquí despegó, para su último vuelo, a los mandos de su bimotor P-38 Lightning, en la mañana del 31 de julio de 1944. Su avión se estrelló en las costas de La Provenza... Pero ésta es ya otra historia, puesto que “El Principito” ya había sido publicado en 1943, en Nueva York.

Otros detalles, no tan marcadamente autobiográficos, aparecen diseminados en “El Principito”. Veamos algunos de ellos...

¿Es el Principito **la imagen joven del autor**? En parte, sí. Ambos comparten el mismo pelo rubio y, según parece, despeinado; ambos se han perdido en el desierto; y ambos, el Principito en sus preguntas y el autor en su relato, se manifiestan como “aparentemente ingenuos”. Sin embargo, estudiosos de Saint-Exupéry proponen que la idea del principito le vino al autor al contemplar, durante un viaje en tren a Moscú, el niño rubio de una pareja de trabajadores: “Los **pequeños príncipes** de las leyendas no eran diferentes a él” (en “Terre des hommes”, 1935).

Interesante, también, resulta contemplar **la historia de los baobabs** desde otro punto de vista... La actividad del Principito consiste en deshollar volcanes y cortar los baobabs, para que no invadan su planeta. Y un dibujo, a toda página, nos muestra un planeta inutilizado por tres baobabs que no se han cortado a tiempo. Algunos críticos señalan que los tres baobabs son las “tres fuerzas del Eje” (Berlín-Roma-Tokio; o la Alemania nazi aliada con la Italia fascista y el Japón Imperial, durante la II Guerra Mundial, grave peligro para la libertad de Europa y el mundo), a las que, como a los baobabs y a los volcanes, hay que vigilar “même éteins”, incluso apagados.



Me inclino a pensar también que algunos de los personajes singulares de los planetas visitados por el Principito hacen referencia a vivencias del propio autor. “**El hombre de negocios**”, que vivía en el 4º planeta, capítulo XIII, me hace pensar en Saint-Exupéry durante aquel largo periodo de aburrimiento mientras realizaba el trabajo de oficinista, contando tejas y ladrillos, en una empresa. El mismo Saint-Exupéry dice de aquel trabajo: “...También hago sumas”. “Tres y dos son cinco. Cinco y siete doce. Doce y tres quince...”, sumaba este hombre de negocios de “El Principito”...



La historia con **el zorro del desierto** es una de las más entrañables. Claro, no podía ser de otra manera. El zorro, ese zorro, ha estado presente en la vida del autor varias veces... Se encontró con él cuando tuvo su accidente en el desierto. “Pequeño zorrillo, estoy perdido”, nos dice que le decía Saint-Exupéry, según nos lo cuenta en “Tierra de hombres”. Además, cuando era jefe de la base de Cabo Juby, al sur del Sahara, intentó domesticar a un zorro. “Es más pequeño que un gato y tiene unas **orejas inmensas** (Como el de “El Principito”). Es delicioso”, escribía a su hermana. Y eso es lo que propone el zorrillo del capítulo XXI al Principito: “S'il te plaît... apprivoise-moi!”, domesticame y yo seré para ti único en el mundo. Por eso, por su relación estrecha con este animal, en boca del zorro pone Saint-Exupéry una de las ideas filosóficas más importantes del libro, el secreto que el zorro regala al Principito: Sólo se ve bien con el corazón.

Y, por último, **la rosa**. ¿A cuál de sus amores le recordaría la rosa? Podría ser a Louise de Vilmorin, a la que conoce en 1918 y que le inspira muchos poemas románticos. Son novios durante un tiempo, hasta que, en 1923, Louise lo abandona... Las rosas son bellas, pero tienen espinas; y las espinas producen dolor. Como el dolor que le produce Louise al romper su compromiso con Saint-Exupéry.

Seguro que habrá otras pinceladas autobiográficas en “El Principito”, pero, quizás tampoco yo haya sabido ver con el corazón; y, como le dijo el zorro al Principito: “Lo esencial es invisible a los ojos”.

